



Problemas urbanísticos de la inmigración

ORIOI BOHIGAS.

UN LIBRO: "ELS ALTRES CATALANS",
DE FRANCESC CANDEL

Casi estoy dispuesto a afirmar que *Els altres catalans*, de Francesc Candel, es el libro más escandalosamente sensacional publicado en España en estos últimos veinticinco años. Se trata de una sucesión de reportajes vivos sobre el tema de la inmigración en Cataluña, en los que se pone violentamente al descubierto una grave situación económica y social. Ya que la mitad del libro se dedica a los problemas de vivienda de esos inmigrantes—primera consecuencia de su situación—, los arquitectos y urbanistas han de sentirse doblemente afectados en esa grave responsabilidad colectiva.

Aunque pensamos comentar solamente los aspectos que profesionalmente nos atañen, hemos de resumir el planteo sociológico y demográfico, al que Candel dedica la primera mitad del libro para comprender el dramático alcance de todo lo demás.

¿OTROS CATALANES?

Las cifras de inmigrantes residentes en Barcelona ciudad, según el libro comentado, son las siguientes:

Región de procedencia	1920	1930	1940	1962
Galicia - Asturias	6.008	10.162	32.234	38.500
Aragón	47.209	80.940	82.958	94.500
Valencia - Murcia	90.131	132.806	124.233	149.000
Andalucía	20.059	42.583	64.665	167.000
Extremadura	1.682	2.500	4.712	17.500
Centro - Norte	37.688	65.037	99.842	130.000
Baleares	6.442	9.337	8.562	7.600
Canarias	398	674	1.341	1.500
	209.617	344.039	418.547	605.600
Habitantes totales de Barcelona	710.335	1.005.565	1.205.509	1.626.467



Junto al cementerio, este amasijo de barracas.

En otras localidades catalanas los porcentajes de inmigración son de ese orden: Tarrasa, 55 por 100; Lérida, 35 por 100; Tarragona, 28 por 100; Gerona, 15 por 100, etc. En cuanto al ritmo de afluencia, basta decir que en 1962 llegaron a Barcelona ciudad unos 36.000 inmigrantes. Para dar idea de la importancia de este alud incontenible que se suma al aumento vegetativo, Candel cita a Nualart: "El crecimiento de Barcelona en 1954 equivale a la población total de Toledo; en 1955 a la población de Cáceres, y en 1956 a la de Segovia. Sumando los totales de estos tres años, la población ha aumentado en 109.875 habitantes. En España sólo hay 14 capitales de provincia que superan esta cifra, que equivale, aproximadamente, al número de habitantes de Santander." Si a estas cifras añadimos los municipios de la comarca barcelonesa, yuxtapuestos a la capital sin ninguna solución de continuidad y, por tanto, formando parte de ella, tenemos un panorama

escalofriante. Sólo en Cornellá se establecen cada mes alrededor de 1.000 nuevos inmigrantes.

El problema de recibir esos aludes humanos tiene dos aspectos: el físico de su ubicación arquitectónica y urbanística y el sociológico de su eficaz integración. El primero lo comentaremos luego más extensamente. Respecto al segundo, tenemos que resumir algunos criterios para poder comprender la trascendencia humana que tiene el problema y las motivaciones sociológicas que deben orientar los posibles planteos urbanísticos.

Ante todo, hay que dejar bien claro que estas afluencias inmigratorias han sido indispensables para el progreso económico de Cataluña. Con unos bajísimos índices de natalidad, a un nivel inferior al europeo, Cataluña no hubiera podido enfocar ninguna de las etapas de su relativo desarrollo sin esos inmigrantes que van llegando precisamente a la edad de producir, pasados los años económicamente de-

ficitarios. A pesar de ello, asusta un poco pensar que, según el vaticinio de Vandellós en su libro *Catalunya, poble decadent*, falta poco para que la inmensa mayoría de habitantes de Cataluña no sean ya catalanes. Pero esto sólo puede asustar si realmente ese predominio puede acarrear una desorientada y contraproducente despersonalización del país. Y esto no ha sucedido todavía porque la integración de los inmigrantes ha sido más o menos posible. ("Toda esta gente no se da cuenta de su aclimatación. "Son" catalanes hasta cierto punto. "No son" catalanes, también hasta cierto punto. No es una cuestión de honor o de principios. Lo son o no lo son sin darse cuenta. Se van fusionando con sus hermanos que, considerándose legítimos, a menudo les miran mal. No temáis que de todo ello salga una Cataluña híbrida o sucedánea. La tierra manda y los hombres nos humillamos a ella. En este inmenso flujo de toda España hacia Barcelona a buscar un *modus vivendi*, esta gente humilde, "los otros catalanes", son los que merecen más respeto. No se llevan nada de Cataluña. La riegan con su sudor. Eso es engrandecerla. La tierra es para trabajarla, para edificar en ella. Ellos lo hacen. Los trabajos más duros son para ellos. No vienen a buscar gangas. No ocupan cargos, ni representaciones, ni gerencias. Son peones, no alfiles. No se "enchufan". Los de otros niveles y otras clases vienen y lo hacen. Y, en cambio, éstos, que viven mejor, no acaban de aceptar a Cataluña. Lo que no se padece no se quiere, no se puede querer.")

Es evidente que la rápida integración es la base para resolver el problema no sólo desde el punto de vista de la defensa de la personalidad de Cataluña—personalidad fraguada en esas sucesivas integraciones—, sino desde el del desarrollo normal de las posibilidades humanas y sociales del mismo inmigrante. La única solución es que el inmigrante sea pronto participante de la vida social de la nueva comunidad a que ha acudido. Pero esto tiene sus dificultades, sobre todo cuando el inmigrante y el indígena pertenecen a unas sociedades y a unas culturas un poco distanciadas y a veces con un cierto resentimiento provocado por la historia lejana y reciente o por un equivocado sentido de superioridad. A veces es el catalán de origen quien dificulta la integración con un desprecio ensoberbecido (el mismo Candel admite: "el mejor negocio es comprar un catalán por lo que vale y venderlo por lo que él cree que vale") y a veces es una mutua insularidad desesperante de la que todos somos responsables.

Para que la integración sea efectiva es necesario que la sociedad receptora tenga una personalidad acusada, con mucha capacidad de absorción, definida en elementos concretos. Seguramente este hecho es el que ha provocado en Cataluña cierta rapidez de integración. Hace unos años, no obstante, la ex-

teriorización concreta de la personalidad de Cataluña se ha reducido. "La Cataluña de antes—dice Candel—era muy distinta a la de ahora. Los que trabajaban en ella se encontraban en un país con más personalidad. Gracias a su configuración había más receptividad, más capacidad de seducción y absorción." No podemos olvidar que el primer vínculo de integración era la lengua. A pesar de su fuerza vital, el catalán, durante unos años, ha perdido cierta vigencia y, por tanto, la presión integradora del idioma es mucho más débil. Aunque parezca una paradoja, la mejor razón en favor de que el idioma catalán vuelva a la situación y difusión que había tenido es que hay que considerarlo como un elemento de caracterización de una sociedad a la que diariamente intentan integrarse pueblos enteros de Andalucía, Murcia y Castilla. La vigorización oficial del catalán es, pues, necesaria, sobre todo para la futura felicidad de los "otros catalanes".

("Recuerdo que, una vez, unos chicos estaban estropeando una fuente pública. Dos guardias inmigrados les miraban. Uno quiso intervenir, pero el otro le dijo: "Déjalos; a fin de cuentas, no es tu tierra...")

No podemos dejar de referirnos, aunque sea rápidamente, a los capítulos dedicados al problema escolar de los suburbios. Parece que entre los inmigrantes, el analfabetismo alcanza a veces hasta el 90 por 100. Pero cuando esos inmigrantes llegan a Barcelona no encuentran nada preparado para corregir su situación. Candel da, como ejemplo, las siguientes cifras correspondientes a la parroquia de San Sebastián (Verdum) en 1959:

	Alumnos		Escuelas
	Niños	Niñas	
Escuelas nacionales	281	305	1
Escuelas particulares	473	346	4
Escuelas nocturnas	10	14	2
Totales	764	665	7
Total alumnos ambos sexos			1.429
Población escolar			4.533

A esta catastrófica situación nadie pone remedio. Como dice Candel; "hay que subrayar la absoluta ausencia de escuelas religiosas—maristas, escolapios, marianistas, jesuítas—en estas desoladas zonas de inmigración. Si hay alguna, siempre está al servicio de una empresa colosal. No es que nos lamentemos de este hecho, porque nos deja bastante indiferentes. Pero lo subrayamos porque teníamos entendido que entre los principios de algunas de estas órdenes entraba la enseñanza del pobre".

Uno de tantos barrios de barracas formado por las sucesivas olas de inmigrantes en Barcelona. Al fondo, el perfil de la inacabada Sagrada Familia, una de las inexplicables obsesiones de una ciudad que, en cambio, ha olvidado el drama del suburbio.



Candel comenta el funcionamiento de esas escuelas que además de insuficientes resultan deplorables. Las escuelas nacionales, con el pintoresco método de las "permanencias" inventado para mejorar un poco los tristísimos sueldos de los maestros, han dejado ya de ser gratuitas. La mayor parte de aulas están masivamente ocupadas por cerca de 60 alumnos. Los maestros han perdido su vocación pedagógica ocupados en la feroz lucha por la subsistencia material ("venden a plazos entre los alumnos de la propia clase, fabrican *plumiers*, llevan la contabilidad de alguna empresa...").

Candel recuerda con nostalgia la perdida tradición pedagógica del Ayuntamiento de Barcelona, que desde 1913 hasta 1936 había emprendido una de las más eficientes políticas escolares del mundo. La eficacia de los seleccionadísimos maestros catalanes de los años 20 y 30 no tiene nada que ver con la abulia de la actual pedagogía, de la que han desertado los mejores, unos por razones aproximadamente idealistas, otros porque no podían resistir la injusticia de una situación económica escandalosa. ("Nos consta que en respuesta a un anuncio de *La Vanguardia* en el que se solicitaba un almacenista que supiese leer y escribir y las cuatro reglas, se presentaron de 15 a 20 maestros.") La justificada deserción de maestros ha alcanzado cifras tan elevadas que en Barcelona hemos visto como algunas plazas han tenido que ser ocupadas por guardias civiles retirados.

Candel es un testimonio inmejorable porque fué un inmigrante cuya feliz integración a la sociedad catalana se realizó precisamente en el admirable ambiente de aquellas aulas de los años 30 y porque, a pesar de ello, no ha desertado del suburbio, en el que vive todavía con un apasionamiento admirable.

Esa posibilidad de perspectiva y de actualidad le hace el cronista más autorizado de los problemas urgentes que plantea en Cataluña la inmigración.

UN SUBURBIO: LAS BARRACAS

La inmigración está diariamente creando el enorme suburbio barcelonés, cuyo aspecto más conocido es el barraquismo, el chabolismo. En la valiente denuncia de Candel se citan las siguientes cifras: "Hace pocos años el censo de barracas en Barcelona era más o menos así: en Montjuich vivían más de 30.000 personas en barracas y semibarracas. Unas 12.000 personas en "Pekín" y el Camp de la Bota. 2.900 personas en la zona Levante. Unas 1.200 barracas repartidas por las vertientes del Carmel. En la Torrassa y Collblanc, unas 2.800 personas alojadas en barracas, etc. ¡Monstruoso!" "Toda esta gente, que vive en las miserables zonas de barracas, en tan ínfimas condiciones, no son vagabundos, gente de mal vivir, ni delincuentes; si lo fuesen podríamos pensar que viven de acuerdo con su condición. Pero no. Toda esa gente son albañiles, carpinteros, peones, mecánicos; en una palabra, obreros, gente que por su trabajo y por una razón de justicia tienen derecho a vivir como personas y no como bestias. Viven así porque no tienen dinero; y es evidente que no tienen dinero porque son obreros y ser obrero, actualmente, no es ninguna ganga. El nivel de vida está por los suelos, los salarios son de hambre."

Candel insiste mucho en ese hecho básico que motiva el barraquismo suburbial—el nivel de vida por los suelos, los salarios de hambre—, aunque luego quizá olvida, como veremos, que esa premisa fundamentalmente económica es también un hecho básico para comprender los fallos de las viviendas más

o menos protegidas que vienen a sustituir paulatinamente al barraquismo. Ese problema de economía individual, no obstante, no es un hecho esquemáticamente simple, porque hay que considerarlo con todas sus imbricaciones sociológicas y psicológicas. Por ejemplo, hay que salir al paso—y Candel lo hace con ejemplos de la más cotidiana realidad—al viejo y tópico egoísmo de las bellas damas de las asociaciones benéficas, que se escandalizaban porque en medio de un ambiente de miseria pudieran prosperar cines y tabernas y porque hoy se multiplican sobre las barracas las antenas de televisión. Aparte de que el cine y la taberna es el único ambiente realmente habitable del suburbio, hay que considerar en todo su alcance la frase del párroco de Sant Pere Ermengol que Candel reporta: "Los hombres de las barracas sólo tienen dos alternativas: o matarse o rebelarse. Y optan por el camino de enmedio: comprarse un televisor."

De una manera evidentemente poco sistemática, pero con un realismo escalofriante, Candel hace un reportaje vivo de las condiciones de vida en las barracas. Ante todo, subraya los problemas de espacio y promiscuidad, con las consecuentes aberraciones sexuales. En las páginas del libro asoman fríamente, objetivamente, ejemplos escalofriantes: aquel cobertizo en el que por la noche cada cuerpo humano debe encogerse hasta ocupar un metro cuadrado; aquel matrimonio que todavía conserva un pudor civilizado y se ve en la obligación de frecuentar los *meublés* para mantener un mínimo de continuidad matrimonial; aquel niño que hasta su adolescencia ha tenido que dormir metido dentro de un lavadero.

Sobre todo ello, la familia barraquista acepta estoicamente la inexistencia absoluta de las más necesarias instalaciones. En casi ningún barrio de barracas hay agua. En algunas hay una única fuente con un único y miserable caño ("cuando pusieron fuentes en uno de los grupos de las laderas de Montjuich la gente gritaba de alegría, bailaba, cantaba y lanzaba cohetes y petardos. Una cosa tenebrosamente emocionante. Para algunas de aquellas familias, que en su país de origen vivían de unas tierras mezquinas, el agua había sido una preocupación constante. Llegaron a Cataluña y, aunque de una manera algo distinta, también ha seguido siéndolo.") En casi ninguna barraca hay la más remota posibilidad de instalar algo parecido a un W. C., por rudimentario que sea. Por las mañanas el tráfico de orinales entre el polvo o el fango de las callejas es un espectáculo escalofriante. En algunos grupos, el Ayuntamiento ha instalado unas letrinas tan insuficientes que justifican, a pesar de ello, la frase de una simpática extremeña, que Candel reproduce con todo su siniestro y grotesco realismo: "Yo hago mis cosas en un bargeño."

Pero la suma de esos problemas materiales no son nada al lado de los problemas humanos que ellos



El barracón oficial es el paso intermedio que sigue la familia inmigrante, desde la chabola a la vivienda protegida.

En algunos barrios, faltados de los más elementales servicios, han instalado una única fuente con un único y miserable caño.



mismos comportan y de los que arbitrariamente se añaden. Por ejemplo, el desprecio a la dignidad y a la libertad de esa gente cuando se les traslada sin tener en cuenta sus problemas particulares. Candel cuenta, por ejemplo, el drama de las víctimas de un hipotético plan de mejora que tuvieron que pasar a otro suburbio lejos de su trabajo, en ambientes todavía más hostiles, o describe el desespero de algún barraquista que veía llorando cómo se derribaba, sin sustitución correcta, aquella pequeña obra suya, tan amorosamente trabajada. ("Este fenómeno desmoralizador de atender no a los más necesitados, sino a los que por el hecho de estar en los sitios más visibles podían molestar al turista o al visitante, lo he visto infinidad de veces en la historia de estos barrios. Un ejemplo: las barracas de "Dallas-Ciutat fronterera" se extendían en dos largas hileras en el cruce Gran Vía-Paseo del Puerto Franco, a la vista de todos los que iban y venían del aeropuerto o de las playas de Castelldefels. Cuando las autoridades, para inaugurar la factoría de la SEAT tuvieron que pasar por allí, las barracas fueron derruidas en un abrir y cerrar de ojos. ¿No era a la emperatriz Catalina de Rusia a la que construían ciudades de ensueño a su paso, hechas de trampa y cartón, para demostrarle la prosperidad del reino? Pues en este caso pasó lo mismo, pero al revés.")

Pero quizá el aspecto de mayor trascendencia de esta parte del libro sea aquél, en que el autor se pregunta por qué esos inmigrantes siguen acudiendo a Cataluña, condenados a esa vida inhumana. La encuesta viva y directa no da lugar a ninguna duda: porque en sus pueblos de origen—en Andalucía, en Murcia, en Galicia, etc.—viven en condiciones todavía peores, víctimas de una grave situación social y económica. Es escalofriante pensar que el barraquismo barcelonés sea precisamente un camino de promoción y de superación para todos ellos. En España, pues, las concentraciones urbanas industriales no sólo representan la típica promesa de promoción económica frente al inmovilismo del campo, sino, incluso en sus asquerosos suburbios, un mejoramiento inmediato del habitat rural.

OTRO SUBURBIO: VIVIENDAS PROTEGIDAS, VIVIENDAS ECONOMICAS, VIVIENDAS ETCETERA

Después de la barraca suele venir para los inmigrantes una serie de soluciones provisionales, a base de barracones, macrobarracas, confinamiento colectivo al Palacio de Misiones o al Estadio, etc. Hasta que algún día llega la solución definitiva: "Nos han dado un piso." A partir de aquí es donde las ácidas denuncias de Candel van más directamente dirigidas a arquitectos, urbanistas, propietarios, ediles, especuladores. La barraca podía merecer una absolución por su mismo planteo anárquico y urgente. Pero estos suburbios, hechos con la yuxtaposición de blo-

ques, sin servicios sociales, sin un planteo urbanístico serio, son una vergüenza. "Desgraciadamente, pocas veces, digamos nunca, el problema se ha enfocado de frente, con el noble propósito de hacer las cosas a conciencia, sino con la idea errónea de comparar el "cómo estaban" con el "como están", después de la solución." "De todas formas, a los que ven estos pisos—a los del Patronato, a las damas pías, a los visitantes de suburbios—se les tranquiliza la conciencia. En comparación con antes, cuando vivían en barracas o realquilados, esta gente está de primera. Pero resuelto—digamos—el problema del barraquismo, se va creando el problema del bloque. Se vive de espaldas a la ciudad. Es un vivir abigarrado en una colmena, en una cárcel, con sensación de poca intimidad, de estar desnudos dentro de aquellos pisos."

Los ataques a la situación urbanística de estos barrios son incontrovertibles. Pero más incontrovertibles son aún los que lanza contra todo un mundo de especulación picaresca que vive alrededor de esa miseria: los propietarios, las inmobiliarias, los empleados que cobran comisiones, los arquitectos que firman sin hacer nada, etc. Candel arremete justamente contra la baja calidad constructiva de esas casas y los precios excesivos que se exigen a los

Junto a las mismas fábricas en que trabajan, los inmigrantes van construyendo su suburbio de barracas.



inmigrantes para lograrlas. Pero cuando baraja estas cifras lo hace, naturalmente, desde el punto de vista exclusivo del usuario, de ese alud humano que llega aquí absolutamente sin recursos, quizá olvidando un poco consideraciones generales más importantes. Y no podemos olvidar que, como decíamos, el origen de los problemas de los barrios protegidos sigue siendo, como en las barracas, un hecho económico: "el nivel de vida por los suelos, los salarios de hambre". Esa gente no puede pagar una vivienda como en justicia le corresponde. Contrariamente, una de las causas de la indignidad de esas soluciones y de sus grandes deficiencias materiales es precisamente los excesivos bajos costos de construcción, impuestos por un loable intento estatal de resolver los problemas más perentorios. Pero no se puede seguir construyendo a precios tan escandalosamente inferiores a los europeos si queremos lograr un habitat medianamente digno. El problema no es tanto de precios abusivos como de costes insuficientes. Si los alquileres o las amortizaciones están francamente desproporcionados con las reales posibilidades económicas de los inmigrantes, si la calidad de las viviendas es insuficiente, no se puede acusar exclusivamente al especulador o al constructor: otro responsable es el sistema, las empresas o las personas que explotan al inmigrante sin situarlo en unos niveles económicos decentes. Considerar esto es muy importante, porque llegamos a la conclusión de que si no se produce un rápido aumento del nivel de vida, no hay solución justa del problema de la vivienda. Y nos atreveríamos a decir más: no hay solución si no cambiamos radicalmente la estructura socio-económica de este país.

EL PEOR SUBURBIO: LOS REALQUILADOS

"En cifras aproximadas, se calcula que, de las 250.000 familias obreras que hay en Barcelona, unas 50.000 viven realquiladas. Eso quiere decir que hay otras 50.000, más o menos, que tienen esos realquilados, que alquilan su casa. O sea que la tercera parte de la clase obrera no tiene posibilidad de hacer vida de familia normal."

Después de esta presentación numérica que no necesita ningún comentario, Candel va haciendo un reportaje directo de los realquilados barceloneses con un detalle y una intimidad que confunden. Así, descubrimos que los realquilados constituyen el peor suburbio. Un suburbio que no tiene una exacta localización, sino que se extiende por todos los rincones de la ciudad. Un suburbio mucho menos espectacular y, por tanto, menos presente en las relativas preocupaciones para resolver el problema de la vivienda. Cuando hayan desaparecido las barracas, quedará aún sin afrontar esa grave situación familiar, la más denigrante de todas.

No resistimos la tentación de traducir uno de tantos fragmentos de ese informe vivo que da un

poco el tono general de la obra: "Hay que advertir que la gente prefiere tener realquilado un policía, por ejemplo, más que un albañil. Un albañil—o un peón—ensucia más. Viene del trabajo sucio de yeso o de cemento y cuesta mucho lavarle la ropa. El policía es más limpio y el lavado más fácil. Por tanto, tener un policía en casa viste mucho más. Incluso es una buena ayuda en las peleas de vecindario. Las dueñas tienen una debilidad por los policías. El día que no están de servicio se quedan en su habitación, en zapatillas y chaqueta de pijama, preparando unos recibos de cualquier entidad comercial, que luego pasan al cobro para acabar de ganarse la vida. Las zapatillas y el pijama son el summum de la elegancia. Además, el policía tiene una cooperativa en el cuartel y puede proporcionar comida a mejor precio." Desde este pacífico y sórdido policía hasta aquella dueña que a medianoche abría siempre una ventana para que el niño de un matrimonio realquilado muriera de pulmonía, va toda una terrible y dramática picaresca.

¿OTROS CLIENTES?

Els altres catalans debería ser una lectura muy meditada por los arquitectos y los urbanistas españoles. Esa enorme masa de inmigrantes que Candel ha definido como los "otros catalanes", son en realidad también, si intentamos generalizar, nuestros "otros clientes". Y son—o han de ser—nuestros clientes cuantitativamente más importantes. ¿Ya nos damos cuenta que prácticamente toda la arquitectura que hoy necesita el país es para servir a esos "otros clientes" no a los clientes que nos parecen más habituales o más normalizados? No sé cómo los arquitectos seguimos perdiendo tanto tiempo en búsquedas formales, en interpretaciones culturalistas. Es descorazonador comprobar que en el inteligente resumen de nuestra última arquitectura planteado en esta Revista—como ocurre, por otra parte, en casi todos los países del mundo—sólo podamos válidamente clasificar nuestra producción en virtud de consideraciones plásticas, expresivas o nostálgicamente políticas: nacionalismo, imaginación espacial, estructuralismo, regionalismo, brutalismo, coordinación modular, naturalismo. Y mientras tanto, ¿dónde están los problemas reales de nuestros "otros clientes?" Hablar de coordinación modular a un barraquista sería una burla trágica. Cuando pontificamos sobre tantos temas de élite, cuando queremos apurar tantas exquisiteces, es seguro que no conocemos para quién construimos. O para quién tenemos la obligación de construir. El libro de Candel nos va a ayudar a conocer esos usuarios cuantitativamente tan importantes de nuestras soberbias "obras de arte". A conocer y a sentir un poco más cerca ese matrimonio que tenía que acudir periódicamente al *meublé*, a ese policía que rellenaba recibos en el dormitorio, a ese niño que dormía encogido en un lavadero.